

Carlos Clementson



João Duarte. (Gesso Patinado)

Para una imagen de Sophia de Mello Breyner (1919-2004)

Para un cierto sector de la crítica literaria portuguesa y alguno de sus mayores escritores como José Sararnago, Sophia de Mello Breyner ha sido el poeta de mayor personalidad y consideración en el panorama lusitano de la segunda mitad del siglo XX; propuesta en varias ocasiones para los más altos galardones internacionales y objeto de auténtico culto literario por los más finos espíritus de su país.

No ocurría así hasta hace poco en la vecina España, y aún a pesar de esta nueva aproximación de interés intelectual español por las letras hermanas que desde hace ya algunas décadas se viene produciendo, gracias al esfuerzo de señeros lusistas como Ángel Crespo o Basilio Losada entre otros. Estoy seguro que un mayor conocimiento de la figura y la obra de esta egregia escritora hará que dentro de poco tiempo su nombre y su poesía sean algo más próximos a nuestros gustos e intereses literarios, tan evidente es la finura de su inspiración, la grave hondura de su pensamiento poético y la serena y clásica andadura de su dicción al servicio de una, a la vez, trágica y esperanzada visión del mundo. No otra cosa, y a título particular, pretendimos nosotros con la traducción de su primera antología en España (1) después del ramillete de poemas publicados en sus respectivas antologías generales de la lírica portuguesa contemporánea, traducidos por Pilar Vázquez Cuesta, Ángel Crespo y Ángel Campos Pámpano.

En 1999 obtiene el importante Premio Camoens, la mayor distinción literaria de los países de lengua portuguesa, y en el 2004 el Reina Sofia de Poesía Iberoamericana, unos meses antes de su fallecimiento en Lisboa.

Sophia o la integridad poética

*Desterramos a los dioses y fuimos
Desterrados de nuestra entereza*

Desde sus primeros años el mundo para Sophia de Mello Breyner se le presenta como algo bello y esplendente, como algo "sagrado" y divino, pero real y al alcance de la mano, un mundo ante el que ella queda en una actitud de reverencia, de casi adoración y de éxtasis.

Su infancia comienza siendo, pues, una especie de comunión iniciática con el mar y su belleza, como máxima expresión de una Naturaleza primigenia, pura y familiar, con la que entra en contacto en sus veraneos infantiles; una Naturaleza marina que, sin que la poeta se dé cuenta, va a constituirse en su primer maestro, pues esa misma Naturaleza le inducirá a la celebración y al canto del mundo, que no otra cosa es su poesía. Aunque luego venga la constatación lacerante del desajuste entre esa Naturaleza benéfica con la realidad histórica, social y cotidiana, a la que habrá de enfrentarse.

La belleza del mundo le da razón también de la existencia del mito, de los sugestivos mitos clásicos del paganismo -experiencia muy viva y actuante en Sophia-; mitos que encarnan la belleza ideal y son el símbolo de la posibilidad de una vida humana más alta y perfecta, pero que, a la vez reflejan -sublima-



Graciete Rosa Rosa. (Tapeçaria)

do, o glorificado- al hombre, al hombre que vive y sufre la historia y el tiempo personal de cada uno, en el centro de una realidad decaída.

Unos mitos que también son expresión de la sacralidad de esas mismas fuerzas naturales a las que representan y ante las que Sophia viene a experimentar un fuerte sentimiento de integridad con el cosmos. Una viva conciencia de unidad, de "entereza", o de integridad con el mundo. Para abocar finalmente a una cordial comunión solidaria con los otros, con ese hombre que vive, sufre y protagoniza la historia, y más en concreto la historia próxima del Portugal que le toca vivir, el Portugal átono, siniestro y carcelario, de la inacabable dictadura salazarista y las guerras coloniales hasta el alba encendida de la revolución de los claveles, con todas sus contradicciones.

El recuerdo de su feliz infancia junto al mar, enfrentado a la cotidiana realidad social que le toca sufrir, le lleva a la constatación de la pérdida de un tiempo primitivo, de un tiempo mítico y primordial de la humanidad, y a la nostalgia por una especie de Edad de Oro presidida por el signo de los dioses, en la que los hombres, coexistiendo espontáneamente con dichas divinidades, hubieran llegado a alcanzar su plenitud, siguiendo el ejemplo y la convivencia natural con tales modelos superiores. El hombre entonces habría llegado a alcanzar lo que Sophia llama su integridad o su "entereza", antes de la ruptura de esa perfecta alianza, de ese ideal horizonte de armonías, de la que surgirá el sentimiento de la finitud y de la precariedad humana; antes de ser desvinculados de esa perfección casi divina.

Una perfección que puede llegar incluso a coincidir o a asimilarse, en el imaginario de la poeta con el recuerdo de las vivencias de plenitud, de alegría, de perfección y armonía de la propia infancia de la escritora en la casa familiar ante el océano rompiente de una Naturaleza pura y maternal.

Ese tiempo de infancia es, pues, un tiempo en las rodillas de los dioses, un tiempo "entero", antes de llegar, o de ser arrojada, a la posterior realidad social, enferma de fealdad, de falsedad, de injusticia y dolor, que ella misma lamentará y denunciará en sus versos. Y a la que designará con el término o concepto de "tiempo dividido", un tiempo que se inicia a partir de su destierro de su jardín edénico frente al mar.

Así pues, toda su poesía y su vida van a postular como máximo horizonte vital esa particular "entereza" o "integridad perdida del ser", integridad que ella buscará en todas las facetas de su actividad, tanto las puramente creativas como las públicas y privadas.

Ello le conducirá, en su comportamiento cívico y en la praxis, a una actitud de efectiva solidaridad, no sólo de solidaridad con el cosmos y con la belleza del mundo, sino también con el hombre, con la historia y el presente de su país; con los portugueses de su tiempo. Pero no de un modo puramente verbal o estético, sino activo y actuante, comprometido y participativo.

Pues esa nostalgia y búsqueda de la "integridad" perdida, de la perfección de un tiempo mítico y sagrado, le llevará, por un deber tanto estético como moral, a enfrentarse a la decadencia de una realidad y de un tiempo histórico doloroso e injusto, y a denunciar en poemas de alto contenido socio-político y eficacia estética, la ruptura de la unidad y la armonía del mundo, ruptura que se refleja y proyecta incluso en la desastrosa situación cívica de su patria. Su comunión puramente lírica y extática con la belleza del mundo natural no le coharta ni le impide su afán de compromiso, de



João Duarte. (Terracota)



Graciete Rosa Rosa. (Tapeçaria)



João Duarte. (Terracota e Ferro)

reconstitución de lo que, tanto social como humanamente, está roto, escindido o fragmentado, revistiendo de una connatural eticidad su sentido de la belleza. Pues nada le es ajeno a esta poeta.

Toda la obra de Sophia no es sino el lírico resultado de su apasionada contemplación, comunión y celebración del mundo y de su realidad más inmediata, lo que redundará en una fusión de lo exterior con lo íntimo, en plenitud de salvación y de alegría de vivir: *Un día seré yo el mar y la arena, / Y a todo cuanto existe me uniré.*

Pero, aunque el mundo es bello, la realidad, esta realidad decaída, destronada del Olimpo de los dioses y del personal paraíso de su infancia, le lleva a la desilusionada constatación y serena añoranza, teñida de melancolía, de lo que antes era "uno" y sagrado, ese "día primero, entero y puro". Pues desde que *La raíz del paisaje fue cortada, / Todo fluctua ausente y dividido, / Todo fluctua sin nombre y sin ruido*".

Pero ella no pierde la esperanza en la restauración de esa unidad perdida, y a pesar de su talante puramente lírico y contemplativo, actuará y tomará partido: sobre el papel, sobre la página en blanco de la que surgirá el poema, y en la vida, en su actitud crítica, militante y comprometida con la historia. Así comienza el primer poema de su "Obra poética" casi completa: *A pesar de las ruinas y la muerte / En que siempre acabó cada ilusión, / El poder de mis sueños es tan fuerte / Que de todo renace la pasión / Y mis manos jamás quedan vacías.* (Exaltação escribe Sophia donde yo, por motivos métricos, he traducido pasión). Aunque suele ser un halo de serenidad y esperanza, de clásica serenidad y optimismo el que presida la mayor parte de esta poética en su búsqueda de lo entero y primordial, de esta salvación por la fuerza de la poesía: *Un día (...)/ Subiré hasta las fuentes / (...) Iré a beber la luz y a amanecer, / Iré a beber la luz de esa promesa / (...) Y en ella cumpliré todo mi ser.*

Vitalismo espléndido que contra viento y marea eclosiona en los versos de su poema "Allí, entonces": *Allí entonces en pleno mundo antiguo / Del ciprés a la sombra y de las parras / Mirando el largo tremolar del mar / Y en un silencio de lunas y de trigo // Cual si el dolor la muerte el tiempo el sino / No nos hubiesen nunca sucedido) // (...) Y los poemas serán el propio aire / -Canto del ser entero y reunido- / Todo estará tan próximo del mar / Como en el primer día conocido.* "Canto do ser inteiro e reunido". Y no otro es el fin que Sophia de Mello Breyner persigue en su vida y en su obra: la plenitud vital a través de la plenitud poética: la integridad o la "entereza". Esa que postula en uno de sus últimos poemas, "Habitación": *Mucho antes del chalet / Antes del predio o de la hacienda / Antes incluso de la antigua / Casa hermosa y grave / Antes de solares palacios y castillos / En el principio / La casa fue sagrada / Es decir habitada / No sólo por los hombres y los vivos / sino también por los muertos y por dioses // Todo ello después fue saqueado / Todo fue reordenado y dividido / Marchamos por la senda / De elaboradas pérdidas // Sin embargo la poesía permanece / Como si la división no hubiera sucedido / Permanece incluso aún después de barrido / El susurro de los tilos junto a la casa de la infancia.*

Sophia y el mar

Siguiendo una larga y prestigiosa tradición de la literatura portuguesa, Sophia -nombre helénico donde los haya- es una poeta del mar, de las

navegaciones y las islas; frente a esos horizontes de utopía, belleza y aventura que el mar le ofrece, en su poesía lo urbano es más bien sinónimo de caos, de confusión y falta de armonía, de represión e injusticia.

Porque como ella ya había personalmente descubierto, "el mar es el camino hacia mi casa", tanto el Océano desconocido de los sueños y descubrimientos portugueses como ese Mediterráneo griego de los dioses, ese mítico, azul y áureo horizonte de plenitud de todos sus anhelos, por el que Sophia siente una inextinguible y fecunda saudade -es el desencadenante de toda su obra-, y que se le muestra como la más perfecta imagen de esa felicidad utópica que ella desearía para el futuro de su colectividad portuguesa, al igual que ella una vez la halló en esa casa de su infancia junto al mar, que esta en el germen primero de todos sus versos; estado de momentánea plenitud y armonía que ella querría hacer llegar a todos.

Pero, resumiendo, y en palabras de António Guerreiro, la poesía de De Mello Breyner -toda su obra- "cabe casi entera en el poema que da título a uno de sus últimos libros, *O búzio de Cós*. En este poema Sophia nos habla de una caracola que compró en la isla griega de Cos y que se trajo como recuerdo a Portugal. Y no porque se trate de una obra breve en sus implicaciones, sino porque este poema es inmenso en su poder de irradiación". Dice así en nuestra correspondiente traducción castellana: *Esta caracola no la encontré en ninguna playa / Sino que en la mediterránea noche azul y negra / La compre en una tienda junto al muelle / Y los balanceantes palos de los barcos / Con ella aquí me traje el son de las borrascas / Pero no escucho en ellas / Las marejadas de Cos ni las de Egina / Aunque sí el cántico de aquella vasta y larga playa / Atlántica y sagrada / En la que para siempre mi alma fue creada*.

"La caracola de Cos" no instaura la presencia de un mundo indemne, anterior a toda fractura y restituido a su plenitud de sentido; por el contrario, ella tiene sólo el poder de la invocación y de la memoria, ese poder ambiguo de hacer presente lo que se mantiene, entre tanto, en una situación de distancia y de ausencia. Así, la caracola de Cos trae consigo la evidencia de un mundo perdido, quebrado, disipado, pero que bajo ciertas condiciones, puede y debe ser objeto de una reconquista".

"¿Cuales son esas condiciones? Hacer de la poesía un oficio de escucha. Esa caracola en la que es posible oír o *cântico da longa e vasta praia / Atlántica e sagrada* resume con fidelidad la cuestión fundamental de la poesía de Sophia: el poema tiene tras sí un mundo perdido, gobernado por un orden que se basa en la unidad de la verdad y de la belleza. Un orden que ella sabe que no puede restaurar, mas que ha de suponer como un horizonte necesario. Digamos que, en esta concepción, la poesía es la palabra de un mundo sin dioses que no puede entre tanto dejar de hacer un llamamiento a un tiempo del encantamiento, que es un tiempo no histórico (hablando a la manera de Heidegger) de lo sagrado. Es ahí que el aquí y el ahora de la caracola de Cos, su indeclinable contingencia, es al mismo tiempo el refugio de algo inmemorial que escapa a la cronología, a la sucesión: *vasta praia / Atlántica e sagrada / Onde para sempre minha alma foi criada*".

Y que no es otra que la playa de su infancia.



Graciete Rosa Rosa. (Tapeçaria)



Graciete Rosa Rosa. (Tapeçaria)

(1) Antología poética, Huerga Fierro Editores, Madrid, 2000.